

El mundo caballeresco medieval en algunas novelas españolas del siglo XX

Antonio CRUZ CASADO

IES Marqués de Comares. Lucena
acruzcasado@wanadoo.es

RESUMEN

De la atracción que se siente en la literatura hispánica del siglo XX por el mundo caballeresco medieval dan fe diversas novelas españolas. En ellas se advierte una recreación estética, a menudo cargada de ironía, que utiliza los conocidos parámetros de la relación amorosa entre el caballero y la dama, el torneo, la sumisión del vasallo, etc. Estas novelas han sido poco o nada estudiadas en su conjunto, y entre ellas se encuentran textos narrativos de Wenceslao Fernández Flórez (*Aventuras del caballero Florestán del Palier*), Álvaro Cunqueiro (*El caballero Rafael*) o Juan Perucho (*Libro de caballerías* y *Las aventuras del caballero Kosmas*), entre otros. Se trata de una corriente autóctona que ofrece poca relación con la revisión del género que se hace en diversos medios artísticos europeos del momento (cine, novela de inspiración artúrica, fantasía heroica, etc.), por lo que su estudio supone una aportación sin duda curiosa.

Palabras clave: caballería medieval, novela española siglo XX.

ABSTRACT

A number of Spanish novels are proof of the attraction that is felt in the Hispanic Literature of the 20th century towards the medieval chivalric world. In those novels we notice an aesthetic recreation, often loaded with irony, that uses the well-known frames of the love relationship between a knight and a lady, the tournament, the servant's submission, etc. These novels have been scarcely researched as a whole, and among them we find the narrative texts written by Wenceslao Fernandez Flórez (*Adventures of the knight Florestán of the Palier*), Alvaro Cunqueiro (*The knight Rafael*) or Juan Perucho (*Book of cavalries and the adventures of the knight Kosmas*). It is an autochthonous tendency which has little to do with the revision of the genre that various European artistic media have lately been undertaking (films, arthurian novels, epic fantasy, etc.). For this reason, its study represents an undoubtedly peculiar contribution.

Key words: medieval chivalry, Spanish novel of the 20th century.

La vuelta a la Edad Media que inicia el movimiento romántico deja numerosas secuelas a lo largo del siglo en la literatura española. La proliferación de novelas históricas y folletinescas en la segunda mitad de aquella centuria, (pensemos, por ejemplo, en Manuel Fernández y González y en otros escritores de su momento), mantienen en el lectorado el interés por aquella etapa bárbara y delicada, tal como aparece pintada en numerosas obras de ambiente medieval. Los héroes hispánicos del mundo épico, como El Cid, Bernardo del Carpio o los siete infantes de Lara, se codean en la producción literaria de entonces con los bandoleros andaluces, los cuales adquieren rasgos de heroicidad comparables a las de los antiguos personajes castellanos; de esta forma, se ha hablado al respecto en alguna ocasión de libros de caballerías modernos, como hace Cejador al comentar tales novelas: “La novela folletinesca de Fernández y González y de toda su hueste sólo es obra literaria de puro pasatiempo, no es obra de puro arte. Su intento es despertar y satisfacer la curiosidad. Es la novela de caballerías del siglo”¹. A lo que añade: “Fernández y González es el Alejandro Dumas de España: aventuras que entretengan despertando la atención y aventuras de capa y espada, de bandoleros, de valientes, de la fuerza. Son otro género de libros de caballerías, que siempre gustan y entretienen a la gente común. Todas sus novelas están cortadas por el mismo patrón”².

A la sombra de Fernández y González, del que había sido colaborador o “negro”, como se diría en el argot literario actual, se desarrolla la obra primeriza de Vicente Blasco Ibáñez, integrada por relatos de mediana extensión con un ambiente histórico marcado en los que está presente con mayor o menor acierto el mundo medieval de la caballería y de las intrigas palaciegas junto con el ansia de exploración de los navegantes españoles en los albores de la edad moderna. De esta forma, constatamos en su volumen juvenil *Fantasías*³ (1887) la presencia de recreaciones como «Alvar Fáñez», sobre el conocido paladín del Cid, en un marco arabizante y amoroso, o «El castillo de la Peña Roja» y «La espada del templario», que son relatos un tanto cercanos, por el ambiente y los temas, a determinadas leyendas de Bécquer. Más aliento y extensión tiene la novela *El Conde Garci-Fernández* (1888), subtitulada “Novela histórica del siglo X”⁴, que ofrece unos parámetros similares a los relatos breves mencionados. Mucho tiempo después, al hablar de la importancia del *Quijote* (1920), a la que califica como “la primera de las novelas”, recuerda que su gestación está enraizada en la antigua novela caballescaca y que se produce del

¹ Julio Cejador y Frauca, *Historia de la lengua y literatura castellana*, Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos 1917, vol. VII (ed. facsímil, Madrid, Gredos, 1972), 297.

² *Ibid.*, 398.

³ Vicente Blasco Ibáñez, *Fantasías (Leyendas y tradiciones)*, en: *Obras completas*, Madrid: Aguilar 1978, vol. IV, 9 y ss.

⁴ *Id.*, *El Conde Garci-Fernández (Novela histórica del siglo X)*, en *Obras completas, op. cit.*, 275 y ss. Sigue a esta obra un estudio con mezcla de narración sobre el virrey de Nápoles *Hugo de Moncada*, *ibid.*, 417 y ss., escrito en 1888, que es otra muestra del interés del novelista valenciano por la época de Carlos V.

choque del sentimiento caballeresco septentrional o bretón y del ambiente bélico de la España medieval⁵.

Con la narrativa de tema histórico de Blasco Ibáñez, en la que aparecen títulos como *El caballero de la Virgen (Alonso de Ojeda)*, de 1929, en torno al conquistador de ese nombre⁶, un tiempo compañero de Cristóbal Colón, y que suele considerarse su última novela, nos adentramos ya en el siglo XX. Muchas de sus narraciones presentan argumentos que pretenden seguir el hilo conocido de los sucesos que conformaron los viajes, exploraciones y conquistas de los españoles del final de la Edad Media.

Con una intención más vaga y sensual, mediante una recreación estética y estetizante, el Modernismo revisa también, desde finales del XIX, la Edad Media caballeresca, como un signo más de la evasión hacia otras épocas que se propugna desde los moldes teóricos del movimiento. Ya Juan Ramón había rechazado la cultura burguesa de su momento, lo que pudiera considerarse entonces Realismo y Naturalismo, y hablaba del encuentro de nuevo con la belleza perdida. Así había definido el Modernismo: “Era el encuentro de nuevo con la belleza sepultada durante el siglo por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza”⁷.

Del interés que tiene el Modernismo por el ambiente caballeresco medieval dan fe numerosos poemas, como la conocida «Sonatina» de Rubén Darío, o la aún más popular si cabe «Marcha triunfal», del mismo poeta. Y, entre los epígonos de esta corriente literaria, las composiciones de Manuel Reina⁸ o de Miguel de Castro,

⁵ *Id.*, «Discurso de don Vicente Blasco Ibáñez sobre “La primera de las novelas”», en: *Obras completas, op. cit.*, 1343 y ss. “El sentimiento caballeresco de la Edad Media produjo dos literaturas paralelas, igualmente abundantes en prodigios, heroísmos y hazañas inauditas. El cristianismo septentrional produjo los romances heroicos, las leyendas bretonas de los héroes de la Tabla Redonda y otros paladines. El mahometismo de los guerreros semitas, poetas y combatientes a un tiempo, produjo los inimitables relatos que conocemos con el título de *Las mil y una noches*. Fue en España, lugar de combate de cristianos y moros, abierto durante siete siglos, donde vinieron a encontrarse y a chocar estas dos corrientes literarias, y como producto de tal choque surgieron las novelas de caballerías, el *Amadís de Gaula* y todas sus innumerables imitaciones, libros del esfuerzo heroico de la ilusión quimérica, que más adelante pasaron a ser la Biblia de todos los conquistadores y navegantes, que en menos de un siglo descubrieron y colonizaron casi todo el continente de las dos Américas. El abuso de esta literatura sobrehumana, llegando a las mayores extravagancias imaginativas, hizo necesaria una reacción. Y esta reacción produjo la primera, la más grande y la más inmortal de las novelas modernas: *Don Quijote*”, *ibid.*, 1345-1346.

⁶ *Id.*, *El Caballero de la Virgen (Alonso de Ojeda)*, en: *Obras completas*. Madrid: Aguilar 1949, vol. III, 1399 y ss. La obra está fechada en “Fontana Rosa. Mentón (Alpes Marítimos), 1929”, *ibid.*, 1509.

⁷ Juan Ramón Jiménez, *El Modernismo. Notas de un curso* (1953), Madrid: Aguilar 1962, 17; la cita corresponde al prólogo de Ricardo Gullón al mencionado libro, en el que no he encontrado la referencia textual exacta; el crítico remite a unas declaraciones de Juan Ramón en el diario madrileño *La Voz*, correspondiente al 18 de marzo de 1935.

⁸ Cfr., por ejemplo, el poema «La legión sagrada» (1891), que suele considerarse un antecedente de la «Marcha triunfal» de Darío [el poema de Darío es de 1895, cfr. Rubén Darío, *Poesías completas*, ed. Alfonso Méndez Plancarte, Madrid: Aguilar 1954, 727-729, y nota: 1334], en: Manuel Reina, *La vida inquieta. Poesías*. Madrid: Ricardo Fe 1894, 27-29. Sobre este escritor, en espera del libro de Santiago Reina, véase Francisco Aguilar Piñal, *La obra poética de Manuel Reina*. Madrid: Editora Nacional 1968. También en el último libro del poeta pontanés, *Robles de la Selva Sagrada* (1906), está presente el mundo caballeresco, en poemas de la sección «Héroes literarios», como «Las bodas de don Quijote y Dulcinea», 13-15, «A Don Quijote», 17-19, «A Sancho», 21, «Romance al Cid», 23-25, y «El Rey Arturo»,

insertas en sus libros *Trovas del juglar* y *Cancionero de Galatea*, por recordar algún ejemplo poco conocido en la actualidad⁹.

Por lo que respecta al teatro, constatamos la presencia del elemento caballeresco medieval en la producción dramática de Eduardo Marquina, sobre todo en los dramas *Las hijas del Cid* (1908) o *El rey trovador* (1912), aunque hay también que mencionar otras obras menos conocidas actualmente, como *Gerineldo. Poema de amor y caballería* (1909), de Cristóbal de Castro y Enrique López Alarcón, que sirven para renovar en los escenarios el interés que suscitan los ambientes medievales, algo que parodiaría acertadamente Pedro Muñoz Seca en su aplaudida comedia astracanesca *La venganza de Don Mendo* (1919).

En un tono menor, constatamos también el tema en la poco estudiada narrativa Luis Valera, el hijo escritor de Juan Valera, en su narración inconclusa *Las andanzas del caballero Ramiro de Leyva*, y en algunos de los cuentos que componen su libro inicial *Del antaño quimérico* (1905), como «Edirn y la hamadriada», de ambiente artúrico, o la «Historia del Rey Ardido y la Princesa Flor de Ensueño», que oscila hacia el mundo de las hadas, con acusados rasgos modernistas. También Luis Antón del Olmet, en un ámbito distinto pero igualmente caballeresco, intenta una actualización del caballero hispánico por excelencia, Don Quijote, en *La postrera salida de Don Quijote* (1910), y lo mismo pretende, más tardíamente (c. 1947), Manuel López Flores¹⁰ en su ingente novela *El bizarro doncel Palatino de Vandalia*, tan marcado estilísticamente por Cervantes. Mucho más relevante, desde la perspectiva que examinamos aquí, es la novela *Viviana y Merlín* (1929), de Benjamín Jarnés¹¹, en la que se glosan los amores del sabio Merlín y el hada Viviana, en el contexto de la corte del rey Arturo en Caerleán con la presencia de todos los caballeros de la Tabla Redonda. El tema básico es la seducción del anciano mago por parte de la inquieta joven Viviana, aunque no falta ninguno de los personajes artúricos fundamentales, ni las referencias a las briosas batallas de amor entre Tristán e Iseo, ni la sombra del hidalgo manchego que se creyó un día caballero andante.

65-67, la última sobre el dolor y la cólera de Arturo al conocer la traición de la reina Ginebra; cfr. Manuel Reina, *Robles de la Selva Sagrada. Poesías póstumas*. Madrid: Sucesores de Rivadeneira 1906, y páginas indicadas para los poemas mencionados.

⁹ Cfr., por ejemplo, Miguel de Castro, *Trovas del juglar*. Madrid: Fernando Fe 1910, «Paso honoroso», 55-56, aunque el tema está más presente en otro libro del mismo autor, *Cancionero de Galatea*, París, Editorial Garnier Hermanos, s. a. [1913], «De Gerineldo a la reina», 129-130; «De Castilla la real», 131-134, de tema cidiano, y «De la bella edad», 137-138. Sobre el autor, véase Juana Toledano Molina, «Costumbrismo y novela: *La niña del alcalde*, de Miguel de Castro, en el contexto de la novela social española», en: Ángel Aroca (coord.), *Primeras jornadas de la Real Academia de Córdoba sobre Iznájar*. Iznájar: Excmo. Ayuntamiento / Real Academia de Córdoba 1999, 79-85, y, Antonio Cruz Casado, «Andalucía y Castilla: la trayectoria lírica del poeta Miguel de Castro (1889-1977)», en: Manuel Galeote (ed.), *Oralidad y escritura en andaluz*. Iznájar: Libros de la Subbética 1998, 219-235; en un contexto más general, los libros de Amelina Correa Ramón, *Poetas andaluces en la órbita del Modernismo*. Sevilla: Alfar 2001, 70-75, y *Poetas andaluces en la órbita del Modernismo. Antología*. Sevilla: Alfar 2004, 61-65.

¹⁰ Manuel López Flores, *El bizarro conde Palatino de Vandalia (Novela caballeresca)*. Madrid: Editorial Clásica 1963, 890 págs. Pero el prólogo está fechado en Barcelona, 1947. El estilo, enfadoso y arcaizante, remite habitualmente a Cervantes y a su gran novela.

¹¹ Existe edición moderna de esta novela: Benjamín Jarnés, *Viviana y Merlín*. Rafael Conte (ed.), Madrid: Cátedra 1994.

Más que una enumeración incompleta y un tanto superficial de la cuestión que nos ocupa en diversos autores de comienzos del siglo XX, queremos centrarnos en algunas novelas más extensas que nos parecen significativas y que prolongan el tema hasta más allá de la segunda mitad de la pasada centuria, obras de autores como Wenceslao Fernández Flórez (1885-1964), Álvaro Cunqueiro (1911-1981) o Joan Perucho (1920-2003). Son varias novelas largas (y también algunas narraciones breves) que se publican inicialmente en torno la década de los años 50, tanto en castellano como en gallego o catalán, pero que luego, una vez traducidas, en el caso de los idiomas citados, obtienen una difusión mayor y un notable éxito de público y de crítica, que las ha considerado como una especie de reacción contra el realismo social imperante en la novela de aquellos años de posguerra. Tanto las *Aventuras del caballero Florestán del Palier* (1959), de Fernández Flórez, como *El caballero, la muerte y el diablo*, *La historia del caballero Rafael* (recopiladas en libro en 1956)¹², *Merlín y familia* (1955), de Cunqueiro, y el *Libro de caballerías* (1957) o el más tardío *Las aventuras del caballero Kosmas* (1981), de Perucho, constituyen incursiones modernas en el ámbito de la caballeresco medieval, a la que dotan de una actualidad muy *sui generis*, manteniendo para ello algunos de los rasgos específicos del personaje originario, o caballero andante al antiguo estilo, trasladado a un contexto hispánico (gallego o catalán), en el que se producen desajustes y reacciones propios de la narrativa fantástica, pero dotándolos al mismo tiempo de una cercanía ambiental y de un tono irónico, casi humorístico, que los hace más próximos al público actual. En el tratamiento distanciador de que son objeto en la mayoría de las ocasiones, estos entes de ficción conjugan rasgos del presente y alusiones un tanto en clave que las hacen adecuadas para un lector experto, erudito conocedor de la tradición antigua e inmerso al mismo tiempo en los problemas recientes.

De esta manera, Florestán, que recuerda algunos aspectos de la obra de Mark Twain, *Un yanki en la corte del Rey Arturo* (1889), es un caballero que cabalga en una potente moto, desde la que va desfaciendo entuertos y vengando agravios, en la línea de tanto paladín clásico, pre y posquijotesco. Así le comenta al narrador, que lo ha llamado previamente Lanzarote el *Vengador*, porque sus objetivos son vengar las actitudes y actuaciones groseras, lo siguiente: “Creo que de todo cuanto leí, lo que más influyó en mi espíritu fueron las novelas de caballerías. No debe parecer extravagante que haya hoy una persona sensible a lo mismo que hace apenas unos cientos de años apasionaba a todo el mundo. De las novelas de caballerías me interesa no tanto lo desaforado y maravilloso como el espíritu de justicia que vibra en todos sus capítulos. Eso de que un hombre vaya por el mundo sin más auxilio que el de sus fuerzas enderezando entuertos y desfaciendo agravios, es sublime. El sentimiento de la justicia es tan fuerte en mí, que me obsesiona. Hubiese querido ser

¹² La crítica habla de una recopilación en libro correspondiente a ese año, de *El caballero, la muerte y el diablo*, algo que volvía a realizar en 1968 con otros relatos similares en el volumen titulado *Flores del año mil y pico de ave*. Cfr., para el primer dato, que he podido contrastar, Federico Bermúdez Cañete, «La narrativa fantástica contemporánea», en: *Amistad a lo largo. Estudios en memoria de Julio Fernández Sevilla y Nicolás Marín López*. Granada: Universidad 1987, 93. Sobre el tema fantástico en Cunqueiro, véase Diego Martínez Torrán, *La fantasía lúdica de Álvaro Cunqueiro*. Coruña: Ed. Castro 1980.

eso nada más: un hombre que va por el mundo castigando al malo”¹³. Sigue diciendo que los actuales caballeros andantes son los policías y los guardias civiles, y que él se encarga de castigar sobre todo la mala educación; por eso golpea a un caballero que se apodera del taxi que había visto antes una señora, a un jovencuelo que continúa con las piernas extendidas en la fila de butaca de un cine y entorpece el paso de los demás, a un taxista que se niega a llevar en su coche a un pobre pueblerino cargado de maletas, etc.

Hay al comienzo de la historia una dama que se queja de la falta de fantasía en el mundo actual: “Nada surge –dijo– que se parezca, ni remotamente, a las historias de aquellos caballeros de la corte del Rey Artus”¹⁴; sin embargo, un viejecito evoca la historia de Florestán del Palier, caballero en su moto, defensor de la reina de las reinas de los mercados, Doña Mencía, la cual busca una casa menos vieja que la suya para vivir, en tanto que el terrible dragón es un descomunal camión que anda atropellando a la gente que se cruza en su camino. El caballero motorizado, en la selva embrujada, penetra en la cueva de los alquimistas, que ahora se dedican a rellenar quinielas deportivas, y que han conseguido ya algún buen premio. En un viaje conoce a tres futbolistas, uno de ellos especialista en zancadillas, y otro buscador infatigable del balón mágico, que siempre entra en la portería contraria. Algún eco quijotesco se observa en un momento del relato, como la referencia a las dueñas barbudas¹⁵, y el relato, no siempre coherente, acaba con el encuentro y posterior destrucción del balón mágico por parte del futbolista chino Chang-Fú. Este balón ha estado a punto de matar a un árbitro, momento que aprovechan algunos espectadores para acercarse a contemplar tan grato espectáculo deportivo: “Cuatro o cinco espectadores –señala el narrador– se abrieron, presurosos, camino entre los demás pidiendo paso y anunciando que la gran ilusión de su vida había sido ver de cerca a un árbitro difunto, y que no toleraría que lo estorbasen”¹⁶.

Más conocidas y valoradas que esta novela tardía de Fernández Flórez, una de las últimas que escribió, son las obras de Álvaro Cunqueiro y Joan Perucho, especialmente sus narraciones largas, en torno a Merlín y a Kosmas, respectivamente, pero también los relatos iniciales de ambos son productos de su interés medievalizante. En *El caballero, la muerte y el diablo*, título pictórico que el lector asocia a

¹³ Wenceslao Fernández Flórez, *Aventuras del caballero Florestán del Palier*, en: *Obras completas*. Madrid: Aguilar 1964, vol. VI: 668; esta introducción, titulada «El moderno desfacedor de entuertos», lleva fecha distinta que el resto de los capítulos (9-I-1944). Cada uno de los ocho capítulos que componen el relato están fechados en 1959, desde el 28 de enero, el primero, hasta el 1 de marzo del mismo año el octavo y último. Da la impresión, extremo que no he podido comprobar, de que los capítulos se fueron publicando separadamente en algún periódico de la época, conforme se iban escribiendo, lo que explica el apresuramiento de algunos fragmentos, como el final del capítulo cuarto (687) de esta misma edición. Sobre este escritor es fundamental, aunque dedica poco espacio a esta novela, el libro de José Carlos Mainer, *Análisis de una insatisfacción: las novelas de W. Fernández Flórez*. Madrid: Castalia 1975, 372-373, para la novela que nos ocupa.

¹⁴ *Ibid.*, 671.

¹⁵ “Tres periodistas con sus *flashes* y dos dueñas barbudas habían solicitado verle aquella mañana. Florestán repudiaba a todas las lloronas dueñas barbudas, y odiaba mucho más los *flashes*”, *ibid.*, 698.

¹⁶ *Ibid.*, 706.

un conocido grabado de Durero, para un relato estilísticamente tan influido por el Valle-Inclán modernista, encontramos una historia de amor, incesto y magia ambientada en el mundo bizantino, aunque los nombres de algunos personajes (Leonís, Lanzarote) evoquen a héroes del ámbito bretón; el propio Cunqueiro, en una recopilación tardía de estos relatos, compuestos hacia los años 40, según indica, observa que en ellos aparecen “las colinas célticas, los ríos bretones, los héroes artúricos, el camino que peregrina a Santiago, fantasmas, pasajeros de Oriente, santos taumaturgos y doradas amantes...”¹⁷, es decir, personajes míticos procedentes en su mayoría de la caballería medieval trasplantados al paisaje gallego. En *La historia del caballero Rafael*, subtitulada “Novela bizantina incompleta”, subyace otra historia de amor entre el mencionado caballero, boyero y piloto troyano, y la enamorada Leonor, que languidece en la espera, todo ello en un acusado tono lírico y desarrollado en un espacio de sutiles connotaciones galaicas con una marcada acronía. Como en casi todas sus obras, se nota también en ésta una nota fantástica, algo que el propio escritor consideraba fundamental en su estilo; así indicaba en una entrevista: “El tono predominante de mis narraciones constituye un conjunto narrativo fantástico, en la línea del realismo mágico. Cada narración se basta a sí misma, y todo lo que en ella acontece se organiza o gira alrededor de un personaje fabulador o con una gran carga mitológica”¹⁸.

En la misma entrevista recordaba sus comienzos como novelista y daba las claves comprensivas de *Merlín y familia*, redactado primero en gallego: “En 1953 me decidí a publicar en gallego mi primer libro en prosa en esta lengua, *Merlín y familia*, que más tarde fue traducido al castellano. En esta novela presento al mago de Bretaña viviendo en Galicia, donde recibe visitas de gentes de diversos países con objeto de que con sus magias resuelva sus problemas. La obra tiene un profundo carácter irónico. El libro que ganó el premio de la Crítica de 1958 es la historia de una banda de fantasmas en Bretaña que cuentan su historia trágica, que luego el sochantre recuerda y cuenta a su vez. Es una especie de danza de la muerte tratada con cierta ironía”. Efectivamente, junto al protagonista principal, el gran mago artúrico, aparecen numerosos personajes inventados por el narrador gallego o recuperados de la tradición literaria, pero sometidos casi todos ellos a una deformación personal; así don Belianís, que es un caballero andante de los libros hispánicos, aquí designa a un cazador de las tierras de León, en tanto que otros topónimos reales o ficticios (Aquitania, Aviñon, Avalón¹⁹, Bretaña²⁰, Gaula²¹), o entes de

¹⁷ Álvaro Cunqueiro, *Flores del año mil y pico de ave*. Barcelona: Taber 1968, 7. El libro se incluye en la Colección Ciempiés, que dirigía Joan Perucho.

¹⁸ Pablo Comesaña, «Sencillez y claridad: propósitos principales de la literatura de Álvaro Cunqueiro», *El País*, 6-III-1981.

¹⁹ Señalamos algunos ejemplos tomados del glosario del final de libro: “Avalón.—Isla donde mora don Amadís de Gaula desde que casó con la sin par Oriana. Es una de las partes más antiguas e ilustres de Bretaña y su nombre quiere decir ‘la misteriosa’”, Álvaro Cunqueiro, *Merlín y familia*. Barcelona: Destino 1969, 196. Sobre esta obra, véase María Camino Noia Campos, «Para unha clasificación de *Merlín e Familia*», en: *Homenaxe a Álvaro Cunqueiro*. Santiago de Compostela: Universidade 1982, 141-153.

²⁰ “Bretaña. —Nación de doña Ginebra, mi ama y señora, quien allá tenía un palacio, dos rosales y un ruiseñor. Es un gran reino entre mar y mar, y ahora está en partición, que el último rey suyo, don Artús, se convirtió en cuervo, derrotado en batalla”, *ibid.*, 197-198.

²¹ “Gaula. —Reino e ínsula en el mar abierto, de donde fue la corona de don Amadís, y es ahora parte oculta del partido Imperio de Bretaña”, *ibid.*, 202.

ficción (Ginebra²², Merlín, don Parsifal²³) ofrecen rasgos por los que resultan reconocibles para el lector de la materia bretona²⁴.

De las afinidades electivas y temáticas de Cunqueiro y Perucho dan fe las opiniones del último sobre el primero, en un texto compuesto a raíz de la concesión del Premio de la Crítica a Cunqueiro, en 1959. Escribe Perucho: “Cunqueiro es un poeta. Por lo general a los poetas no les gusta la realidad. A Cunqueiro no le gusta nada en absoluto. En estos tiempos en que se entiende la literatura como documento y que hasta la poesía se tiñe de lo inmediato, Cunqueiro busca y halla refugio en un mundo inventado, lejano en el tiempo, en el que la realidad se halla evaporada”²⁵. Y algo parecido pudiera decirse del narrador catalán, el cual comparte muchos rasgos de afinidad estética y creativa con el escritor gallego; en él también se encuentra muy marcado el elemento fantástico²⁶ y une, a la evocación de extraños mundos literarios y caballerescos, una rara erudición y una sutil ironía. Todo ello es visible, como hemos indicado, en la mayor parte de sus novelas, y también en su inicial *Libro de caballerías* y en el más tardío *Las aventuras del caballero Kosmas*.

Hay en su primera novela una acción múltiple, en diversos planos narrativos que quieren dar la impresión de simultaneidad. La acción dominante es la que protagoniza el joven Tomás Safont, que parte en un viaje marítimo rumbo a Chipre para cobrar una gran cantidad de dinero a una compañía petrolífera; pero hay otro personaje del mismo nombre que, al parecer en el pasado, peregrina por otras tierras en busca del agua de fuego, para constatar su existencia y sus virtudes; también éste debe averiguar el destino de un tesoro fabuloso y traer una reliquia de las tierras misteriosas del Preste Juan, aunque ambas búsquedas, la *quête* de los libros de caballerías, están escasamente diferenciadas y acaban por confundirse²⁷, al menos en la mente del lector. Tomás, en su misión, va acompañado de Jaime Descárrega, que actúa con respecto al joven como lo haría un escudero.

Por lo que respecta al caballero Kosmas hay que indicar que no nos encontramos ante un caballero andante de estirpe artúrica sino ante un caballero bizantino que va recaudando impuestos y cuyos modelos literarios no proceden de la materia caballerescas sino más bien de la novela de peregrinación, de los libros de aventuras peregrinas²⁸. Por otra parte, podríamos decir que Kosmas se aleja mucho del arquetipo simbolizado en el Amadís de Gaula y se acerca, en cierto sentido, al vitalismo que representa Tirant lo Blanc.

²² “Ginebra. –Muy alta, noble y poderosa señora doña. Mi ama, reina que fue de Bretaña”, *ibid.*, 203.

²³ “Parsifal, Don. –Caballero de Bretaña de quien contaba en verso la historia doña Ginebra, de cómo fuera a la demanda del Grial”, *ibid.*, 209.

²⁴ Para el personaje principal y su lugar en el mundo artúrico, cfr. Carlos García Gual, «Merlín, profeta y mago», en: *Lecturas y fantasías medievales*. Madrid: Mondadori 1990, 79-105.

²⁵ Juan Perucho, «Los fantasmas de Álvaro Cunqueiro», en: *Galería de espejos sin fondo*. Barcelona: Orbis 1984, 144-145.

²⁶ Cfr., al respecto, Julià Guillamon, *Joan Perucho i la literatura fantàstica*. Barcelona: Edicions 62, 1989. En una entrevista periodística, Perucho había confesado: “Escribí literatura fantástica porque no me gusta la realidad”, R. M., «El polifacético escritor Joan Perucho muere en Barcelona a los 83 años», *El País*, 30-X-2003, algo similar a lo que el novelista catalán había afirmado de Cunqueiro.

²⁷ Joan Perucho, *Libro de caballerías*. Pról. Pere Gimferrer, Madrid: Alianza 1986.

²⁸ Sobre el género y su trayectoria, cfr. Antonio Cruz Casado, «*Los amantes peregrinos Angelia y Lucenrique*»: un libro de aventuras peregrinas inédito. Madrid: Universidad Complutense 1989, 2 vols.

El personaje protagonista, Kosmas, aparecía ya en algunos cuentos de la obra previa de Perucho, como *Galería de espejos sin fondo, Nicéforas y el grifo o Rosas, sonrisas y diablos*²⁹, titulados respectivamente «San Simeón el estilista y el caballero bizantino Kosmas», «Las aventuras de Kosmas» y «La bella dama Egeria». El primero cuenta los años de aprendizaje del caballero, su amistad con Egeria y su conversión al cristianismo tras escuchar a San Simeón; el segundo se refiere a los viajes del caballero por España, a su afición a los autómatas y a su amor por Egeria; el tercero, que puede considerarse una continuación del cuento anterior, trata de la desaparición de Egeria, mientras está rezando, en compañía de una cigüeña mecánica; Kosmas emprende la peregrinación característica del género en busca de la amada, lo que da lugar a diversas aventuras, en tanto que su vida transcurre sin envejecer. No obstante, siente cercana su muerte y entonces recibe desde Zaragoza un códice miniado, enviado por San Braulio, donde descubre a la amada bordando, en una miniatura; el caballero besa el libro y muere. Prácticamente todos estos episodios pasan luego a integrar *Las aventuras del caballero Kosmas*.

Las dos partes iniciales de la obra nos hablan del protagonista, de sus viajes y de sus aficiones. En Cataluña conoce a Egeria, que resulta ser la nieta de la monja que compuso el libro conocido como *Peregrinatio Egeriae*, y surge el amor entre estos personajes. Claro que aparece un tercero en discordia: el demonio tartamudo Arnulfo, que tiene ojeriza al caballero por su gran saber teológico y por su bondad; en consecuencia, rapta a la amada el mismo día de sus esponsales. La peregrinación amorosa, la clásica *peregrinatio amoris* del género narrativo, y las consiguientes aventuras ocupan el resto de la novela. Los encuentros con curiosos personajes y las situaciones más insospechadas pueblan el relato, como la visita al cenobio de San Pacomio, donde ve a diversos monjes levitando: «Arracimados en el techo, levitando sin peso, como globos de colores, permanecían, rezando la salmodia, unos veinte cenobitas de la regla de San Pacomio, mal rasurados y famélicos. Del pie derecho de cada uno de ellos colgaba una larga cuerda, fácilmente alcanzable al visitante»³⁰. En Antioquía, la ciudad natal del protagonista, visita a San Simeón, y en Atenas al abate Barthélemy y al joven Anacarsis, encuentro anacrónico con estos personajes en el que se aprecia un marcado sentido humorístico. Y es en Barcelona donde, ya enfermo, recibe el códice que le envía San Braulio y que nadie logra abrir; la empresa está reservada a nuestro caballero, el cual lo consigue poco antes de morir. Del libro sale la dama Egeria.

En conjunto, todas estas aportaciones narrativas, pueden considerarse como una vía de escape, una especie de liberación de las tristezas de la vida, para lo que se recurre al ámbito fantástico, una necesidad que Cunqueiro había reconocido ya en el comienzo de su carrera literaria, al confesar: «De gran parte de la literatura más de moda – escribe en 1955, refiriéndose a la llamada novela social– [...] parece deducirse como que le queda prohibido al hombre, no ya tanto el derecho a soñar, como el derecho a soñarse, que es una cosa incluso diferente, más profunda e importante. Pero en este soñar está la posibilidad humana de continuar creyendo en los mitos, de explicarse por ellos, de la forma más antigua que se quiera. Defender esto es estar de

²⁹ Se incluyen ahora en Juan Perucho, *Cuentos*. Madrid: Alianza 1985.

³⁰ Juan Perucho, *Las aventuras del caballero Kosmas*. Barcelona: Planeta 1981, 140.

parte de la viga de oro, el asiento luminoso del Cosmos, y reconocer que siempre la esperanza es posible al aventurero, al animal “más raro que existe”³¹.

Como hemos querido constatar en lo que antecede, existe una corriente literaria hispánica de cierta consistencia, ajena a los patrones extranjeros de la llamada fantasía heroica, puesta de moda a raíz de la divulgación de las novelas de Tolkien y sus seguidores, interesada en mantener personajes y ambientes de la materia caballeresca antigua³², quizás como una tímida alternativa a las tendencias narrativas imperantes en el momento de su aparición. Y, claro, con el paso del tiempo, advertimos que aquella leve semilla germinó y participó de alguna manera en la eclosión general de medievalismo que tuvo lugar en las décadas finales del siglo XX.

³¹ Álvaro Cunqueiro, «Imaginación y creación», en: *Tesoros y otras magias*, ed. César Antonio Molina, Barcelona: Tusquets 1984, 201. El artículo se publicó previamente en gallego en *El Faro de Vigo*, el 21-VIII-1955.

³² Sobre la pervivencia de los temas artúricos en la cultura posterior, cfr. Luis Alberto de Cuenca, «La herencia artúrica: de Chretien al cómic», en: *El héroe y sus máscaras*. Madrid: Mondadori 1991, 172-181.